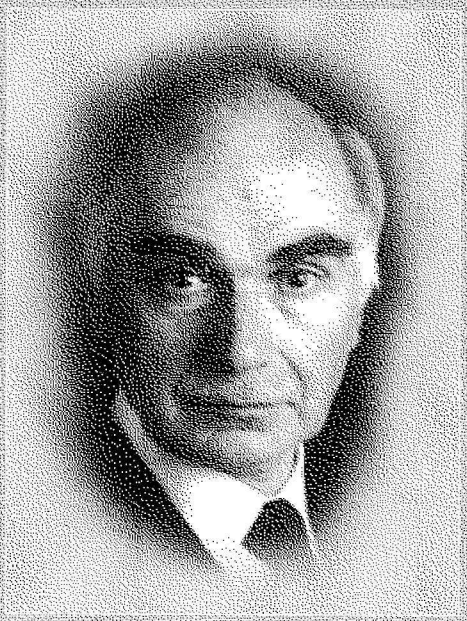
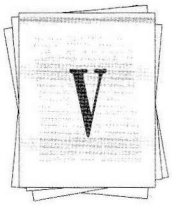
DÍA DE LA MONTAÑA
DÍA DE CANTABRIA



Ángel Díaz de Entresotos Mier

1985



amos a conmemorar el Día de Cantabria, la fecha simbólica de nuestra región que hoy lleva de nuevo el nombre que ha pasado a la historia como símbolo de heroísmo y de libertad. Hace muchos siglos fueron los hombres de esta tierra quienes se opusieron al poderío romano, quienes se enfrentaron con las legiones invencibles; todos tenemos en la memoria la imagen de aquellas cruces donde morían cantando, y asombrando al invasor, los últimos héroes de la independencia cántabra, los que admiraron historiadores y cronistas por la tenacidad con que defendieron palmo a palmo su territorio invadido.

La gesta de la vieja Cantabria halló en nuestro siglo una cálida evocación en la magnífica novela de Vicente de Pereda; y no hace mucho tiempo, las investigaciones de Miguel Angel García Guinea y sus colaboradores, proporcionaron el feliz descubrimiento del Poblado de Celada Marlantes, colmado de los vestigios materiales de aquel insigne pueblo, que de este modo entraba palpablemente en la historia.

Pasó el tiempo, y así como estos montes, en la hora romana, fueron baluartes heroicos, cumplieron una vez más tal misión en la era de la invasión musulmana. A las cumbres llegó el eco de las victorias de Covadonga o Cosgaya; y en el laberinto de los Picos de Europa preservado por su orografía, de guerreros sorpresas, se agruparon los monasterios, reductos de la fe y de la sabiduría en aquellos tiempos duros en que la luz más pródiga era el brillo de los aceros y el reflejo del sol en las armaduras.

Aquí surgió uno de los más célebres santuarios de la cristiandad medieval, el de Santo Toribio de Liébana, que recibió y custodia el siempre venerado trozo de la Cruz de Cristo; proliferaron las ermitas rupestres y las iglesias que integran hoy, en los senderos de Cantabria, bellas rutas del arte románico.

De aquí salieron aquellos cántabros que conocemos como foramontanos, que constituyeron uno de los soportes más importantes

de la Reconquista y repoblación en la secular lucha contra los musulmanes.

También aquí desarrollaron su prosperidad, en plena Edad Media, las villas comerciales de la costa, que podían negociar, de poder a poder, con la corona de Inglaterra y con los grandes puertos de las costas del norte; así se desenvolvió el primer capítulo de esa hermandad de tierra y mar que tan fundamental ha sido en la historia de Cantabria engrandecida después por el comercio con América.

Con el retorno de los navegantes, no podemos olvidarnos del insigne Juan de La Cosa, cuya cooperación al Descubrimiento de América es innecesario resaltar, y fundamento de la próxima conmemoración en Cantabria del V Centenario de aquella epopeya que cambió el curso de la historia de la Humanidad, y de los colonizadores, ennoblecidos y enriquecidos con el fruto de su trabajo, se acrecentó la imagen de las casas solariegas, esas casonas y palacios que engalanan las rutas de Cantabria, y que en buen número de ocasiones han tenido la suerte de ser acertadamente conservados y restaurados.

Se multiplican las orgullosas portaladas y los ornamentados blasones; los viajeros que llegaban o los cortesanos que acompañaban a los monarcas españoles en sus visitas a esta tierra, se admiraban del lujo o del refinamiento de algunas mansiones hidalgas, y en ellas nacen hombres destinados a los más altos puestos políticos y eclesiásticos: presidentes del Consejo de Castilla y arzobispos.

Y cuando estos próceres alcanzaban la cima de su influencia, no olvidaban sus orígenes. Entre ellos tenemos al padre Rábago, Francisco de Rábago Noriega, jesuita, nacido en Tresabuela, término municipal de Polaciones, y cuyo tercer centenario de su nacimiento nos preparamos a celebrar con actos académicos en su pueblo natal, y que fue el confesor de Fernando VI, quien consiguió para Santander el rango de cabeza de diócesis, momento decisivo para nuestra historia.

Historia que, por cierto, comenzó en las horas más remotas de la humanidad, cuando el ignorado artista de las grutas de Altamira dejó allí, para siempre, la primera demostración del genio creador. El descubrimiento de aquellas pinturas, ejecutadas hace tantos milenios en el propio corazón de nuestra Cantabria, aportó una auténtica renovación en el conocimiento y en el estudio del desarrollo artístico, que como una premonición auguraba el devenir glorioso de los príncipes de nuestras artes y letras oriundos de Cantabria.

Nombres inmortales como Pedro Calderón de la Barca, Lope de Vega, Francisco de Quevedo; arquitectos como Juan de Herrera; creación artística que ha perdurado a lo largo de los siglos con nombres tan

insignes como José María de Pereda, Amós de Escalante, Concha Espina, Marcelino y Enrique Menéndez Pelayo, Jesús de Monasterio, y un largo etcétera que haría interminable esta relación.

Esta tierra de Cabezón de la Sal queda indisolublemente unida a los nombres de María Blanchard y de Antonio Quirós, a quienes no hace mucho tiempo se tributó el merecido y emocionado recuerdo; aquí vivieron, soñaron y crearon esos dos extraordinarios artistas, individualidades poderosas que a ninguna otra se asemejan, y que se unen triunfalmente a la extensa relación de pintores, que en el no largo espacio de un siglo ha proporcionado Cantabria a la historia de la pintura española y europea: Agustín Riancho, José Solana, Pancho Cossío, Casimiro Sainz, Manuel Salces, y esas brillantísimas promociones que se iniciaron en los años cuarenta y que no han cesado de procurar al arte nacional espléndidas demostraciones de sensibilidad y de originalidad.

Cantabria integra hoy un capítulo permanente del arte hispánico, y no es pequeña la contribución de Cabezón de la Sal, como hemos comprobado. Consciente de tal trascendencia, esta villa cántabra ensalza cada año la memoria de un artista ilustre, perpetuando su recuerdo en el Monte Corona, testigo de historia como otras cimas de la región, privilegiadas por la naturaleza y embellecidas por la leyenda y el romance.

Y si evocamos la belleza insólita del romance popular, hemos de alabar también, incondicionalmente, la participación de Cabezón en la conservación y en la difusión del maravilloso caudal de danzas, romances y coplas que Cantabria posee. Viva está la tarea de Matilde de la Torre, cuyo conjunto *Voces cántabras* resucitó la incomparable Baila de Ibio y ofreció a Europa la espléndida expresividad de unas canciones y unos ritmos enraizados en lo más hondo de la imaginación y del sentimiento de un pueblo, expresiones máximas de la devoción popular, de la alegría de la naturaleza, del regocijo del amor juvenil, del aliento musical y cordial de las noches marceras y navideñas.

Vaya nuestra gratitud al grupo que durante tanto tiempo floreciera aquí, y que con tanta pureza, disciplina y brío ha mostrado el folklore cántabro ante auditorios asombrados por la espléndida fusión de gallardía y de sensibilidad, que sitúa a nuestra tradición entre las más brillantes de España, tan rica en variadísimas y coloreadas manifestaciones del arte popular; ese arte que adquiere efluvios del campo y del aire, que vuela por las cimas y se empapa de rocío en la pradera, que nos habla para siempre de la fe, del amor y de la compenetración con la vida, tan íntimamente experimentada por el hombre de la tierra.

En este recinto, donde las más veces he sido espectador, tengo hoy el privilegio de ocupar este estrado para pregonar el Día de Cantabria. Ha llegado el mes de agosto, ya está recogida la hierba, el calor aprieta y se abre ante todos la espectativa de la holganza, ¡¡quién pudiera!! —apostilla el pregonero—, y las fiestas. Y un año más, estamos aquí en Cabezón de la Sal para celebrar nuestro día. Es un poco o un todo, según se contemple, hacer un alto en nuestro diario ajetreo y mirar a nuestra tierruca, nuestra patria chica, y decirla: Todos te estamos sirviendo, día a día, pero además queremos honrarte con nuestras mejores galas y proclamar tus virtudes, también tus defectos y contraer el compromiso de servirte mejor, si ello es posible.

Sé que el tiempo en un empeño de esta clase es pequeño pero nos rodea un hermoso pasado, un prometedor presente y la máxima esperanza en el futuro. Nos hallamos en un punto culminante de Cantabria, en una perspectiva de arbolado y de praderío que nos habla de libre naturaleza y de hermosura de la tierra y del cielo. Cada año nos reunimos, y cada año concebimos propósitos destinados a confortadoras realidades; realidades que tan plenamente admiramos en este lugar.

Cantabria cuenta con su paisaje, con su arte, con su historia, con su trabajo, con la labor diaria de la agricultura, de la industria; con el renombre internacional de su universidad, de su festival, de su incomparable panorama turístico.

Orgullosos de ser de aquí y de estar aquí, hemos de comprometernos a mantener y a superar nuestras perspectivas, con entusiasmo, con ilusión, con fervor de trabajo, con esa alegría que hay que poner en todo lo que se quiere conseguir. Son muchas, muchísimas las dificultades del momento histórico, pero no son pocos los medios para vencerlas; medios que acabo de enumerar y con los cuales contamos.

Quede constancia de tal evidencia en estas palabras, y en el saludo que a todos os dirijo en nombre de esta región española, siempre amada y siempre viviente.

Angel Díaz de Entresotos Mier